

SOBRE EL CONFLICTO EN EL ATLÁNTICO SUR

por el Académico General **BERNARDINO LABAYRU**

REFLEXIÓN GENERAL

Síntomas de desasosiego se han extendido por todas partes. Pareciera que hubiéramos vivido setenta y cinco días de enfrentamiento bélico sin que todos comprendiéramos que la guerra se caracteriza por ser la región del peligro, de los esfuerzos físicos, de las responsabilidades, de la incertidumbre y del azar.

Sin embargo, cabe decir que, en ese lapso, vivimos casi como en un sueño, en un noble sueño. Después de tantos años había llegado la justicia de la reparación. Y apuntó el énfasis de la deseada victoria.

Si se incurrió, entonces, en demasías de apreciación, ello resulta explicable por los éxitos importantes que, inicialmente, se alcanzaron en esta guerra.

Las pérdidas causadas al enemigo por nuestras fuerzas armadas fueron tan importantes que exigirán profundos cambios en la estructura de la OTAN.

Empero, cuando los hechos comenzaron a cambiar, como naturalmente correspondía a la desmesurada desproporción de fuerzas, no se debió escatimar la información real. Ésa que inevitablemente vendría. Con ello se ayudaría a la opinión pública frente al revés glorioso. Lamentablemente se hizo lo contrario.

La verdad debe ser dicha siempre, y en esta materia no cabe considerar su oportunidad o inoportunidad. En asunto tan serio, el pueblo de la nación —protagonista principal— debe conocer cuanto ocurre y su indiscutido

temple le habría permitido absorber con igual entereza las victorias y los infortunios.

De no haberse hecho eso, arranca en lo esencial la causa del desasosiego a que hicimos referencia en el comienzo. Fue un grave pecado de omisión. Sinificó un error lamentable. Y ahora vendrá el ineludible balance; pero no sólo para la información sino para todos los aspectos vinculados con las Malvinas.

Habrá que esperar serenamente sin dar cabida al veneno de la sospecha innoble.

Será un duro y largo trabajo; un cuidadoso análisis de responsabilidades, conductas, aciertos y errores.

Así y no con perversos e interesados enfoques es como lograremos recoger las valiosas enseñanzas que brinda este histórico empeño por la justa recuperación territorial. Es el primer capítulo de dicha recuperación, al que seguirán otros, hasta conseguir la plenitud de la recuperación territorial, diplomática, por las armas o como consecuencia de ambas a la vez, pero sin tregua.

No es motivo de este artículo anticipar dicho balance. Está reservado a otras instancias y a la historia. Sí lo es, en cambio, hacer un análisis limpio y levantado de hechos y circunstancias notorias.

En primer término, decir que el operativo del 2 de abril configuró la materialización de una sorpresa inobjetable, realizada con maestría e hidalga prestancia. Fue prolija y heroica y, haciéndome eco de una expresión que no me pertenece, diré: "La Argentina de la guerra ha sido la mejor Argentina que hemos conocido los vivientes". Encontró unánime, espontánea y patriótica respuesta, en todos los habitantes de esta tierra. Fue un sí histórico, inolvidable expresión de un consenso increíble. Y todo ello más allá de los riesgos que tal actitud pudiera importar, aun en el ánimo de quienes presentían pérdidas dolorosas y sacrificios duros. La justicia de la causa había ganado todos los espíritus.

Algunos podrán pensar que el 2 de abril, los argentinos cedimos al impulso de pasiones nacionalistas irracionales. Otros calificarán de locura descabellada la decisión de tomar el archipiélago. No faltarán quienes señalen hoy —no ayer— que la empresa de enfrentar a Inglaterra —fuerte, pese al inicio evidente de su decadencia— estaba muy por encima de nuestras posibilidades; que no cabía descartar la eventualidad de que los Estados Unidos de América —su

aliada de siempre— rompiera el cerco de hierro que le creaban las obligaciones con América latina y se pusiera de parte del usurpador imperialista.

Ya entraremos un poco más a fondo en este importante análisis. De todos modos, dejemos claramente establecido que la nota recibida de Londres, comunicando el retiro urgente en el *Endurance* de los obreros argentinos de las Georgias, así como el envío inmediato de fragatas y submarinos atómicos a las costas malvinenses, constituía un verdadero ultimátum. Imponía de nuestra parte una actitud firme y correspondía, en primer término, ponerlo en conocimiento de la Organización de las Naciones Unidas; pues implicaba una actitud violenta, una acción flagrante de empleo de la fuerza cuando el problema Malvinas estaba en negociaciones en el seno de la ONU.

¿Por qué no se actuó así? Probablemente no haya explicación o tal vez se encuentre en el cúmulo de tareas de esos días. Con todo, fue un error como consecuencia del cual perdimos un importante y decisivo argumento en el seno del organismo internacional.

Esa comunicación omitida habría sido un arma vital en manos de nuestros diplomáticos, especialmente del canciller, y se habría sumado, con indudable gravitación, a los demás argumentos con que nuestra República demostró, hasta la evidencia, la justicia de su causa, que se transformó en la causa de América latina.

CUESTIÓN DE FONDO

El país debe estar en claro. La República Argentina siempre estudió, con rigor profesional y dentro de lo que aconseja la teoría de la guerra, sus problemas militares. En los últimos tiempos, especialmente el austral.

Pese a todo, el ultimátum de Londres obligó a un urgente e integral análisis, que no cabría calificar de precipitado.

En la apreciación no pudo ignorarse la gravedad de los hechos y de los peligros que se enfrentaban.

De todas maneras, aunque de dicho examen surgiera el cuadro de enfrentamiento tal como fue vivido, a medida que avanzó el conflicto, también hubiera correspondido invadir las islas para evitar la consumación y confirmación de los hechos colonialistas.

En cambio, las declaraciones altisonantes debieron ceder paso a otras de prudente firmeza, preservando como regla de oro la libertad de acción para actuar diplomáticamente, en asunto en el que cabe recordar, entre otros antecedentes, la resolución 31/49 de la ONU del 1º de diciembre de 1976, votada por 102 votos a favor contra 1 de Inglaterra y las 32 abstenciones de los miembros de la OTAN y del Commonwealth, que termina diciendo: "La negativa a aceptar las intenciones argentinas no puede parecer otra cosa que no sea una supervivencia del siglo XVIII, una defensa de los enclaves coloniales de las ambiciones geoestratégicas".

Habríamos tenido entonces ocasión de hacernos escuchar por el mundo entero y, entre otras cosas, la Argentina pudo haber dicho que, en esencia, se estaba sólo una máscara que esconde la defensa de los privilegios de otra época.

Considero que muchas hubieran sido las ventajas de un proceder más cauteloso, particularmente en el lenguaje y exteriorizaciones eufóricas, después de la operación maestra del 2 de abril.

Con ellas sólo se comprometió el éxito del grito soberano del 2 de abril.

Está fuera de duda que errores notorios de apreciación y ejecución política obedecieron a deficiente o deformada información.

Respecto de Inglaterra, había que estar preparado para una actitud característica de su enorme egoísmo, de su poca inteligencia y su dudosa moral, para considerar los legítimos intereses de otras naciones.

Para enfrentarnos, como nunca se animó cuando debió enfrentar a otra potencia, buscó aliados y sumó coacciones. Es así como en la historia del mundo, la Argentina se presenta como el único caso de una nación que ha debido enfrentar militarmente sola a tantos países europeos, asistidos por los Estados Unidos de América.

Entre esos países europeos, Inglaterra protagonizó la acción en el campo militar, ayudada efectivamente por todos los demás. El uso de las armas de la OTAN, fuera de su zona operativa y a miles de kilómetros de sus objetivos naturales, es una prueba de lo que digo.

Así como la apreciación fue equivocada con respecto a la insólita reacción de Gran Bretaña, también resultó errónea sobre la influencia que ejerció en las decisiones de los

Estados Unidos de América y de Europa. Y así la notoria debilidad de las líneas de comunicaciones inglesas y sus posibilidades logísticas, tal vez causa esencial del equívoco de apreciación argentina, fue borrada por el irrestricto apoyo de los Estados Unidos de Norteamérica.

Con respecto a este último, las equivocaciones de información fueron graves. Empezó por estimarse que nuestras relaciones habían mejorado con la presidencia de Reagan; se computaban probadas simpatías del Pentágono y pesaban en el juicio las obligaciones morales impuestas por la doctrina Monroe y las legales aceptadas en el desarrollo del panamericanismo y coronadas en el Tratado Internacional de Asistencia Recíproca.

Se habrá pensado que la colaboración argentina con barcos, aviones y personal, en el conflicto del Caribe era causa de una presencia recíproca.

Empero, todo esto se vino abajo con la sorprendente actitud de los Estados Unidos de Norteamérica. Era difícil prever una conducta que observadores expertos han calificado de irracional. Con todo, así fue y ello entraña una dolorosa enseñanza. A veces, las reflexiones lógicas no corresponden a la realidad y hay que informarse muy fríamente.

PALABRAS FINALES

A partir del 2 de abril de 1982 hemos incursionado en los más altos niveles internacionales e impactado profundamente a hombres y pueblos. Los hechos demuestran que de habernos enfrentado solamente con Inglaterra, otro hubiera sido el desarrollo militar del conflicto. La misma convicción tenía Inglaterra cuando deslucidamente buscó tantos aliados y tantos apoyos mercenarios.

El honor nacional —y ello debe repetirse con sincero énfasis— ha sido defendido heroicamente por el pueblo argentino. Al mismo tiempo, la opinión pública de los Estados Unidos de Norteamérica y de los países de Europa, confundida inicialmente por sus gobiernos, ha comenzado a descubrir la realidad.

Nuestra verdad está en marcha y nadie la detendrá jamás. El país, como en épocas de la Independencia, ha dado gran ejemplo y se puede estar seguro de que su sacrificio no será inútil.

Nuestra causa nacional ha fijado un singular precedente respecto de la unión de los argentinos, una vez más exteriorizada con motivo de la visita del Santo Padre.

Sobre esa verdad en avance, cabe recordar las expresiones del almirante Turner, ex director de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América: "No sería del todo equivocado sospechar que una de las razones de que las negociaciones degeneraran en guerra, fue que los ingleses desestimaron la seriedad de los argentinos en este asunto". Digamos nosotros: después de las cuantiosas pérdidas sufridas, Inglaterra no incurrirá más en esa ligereza.

Agrega el almirante Turner: "La señora Thatcher no debe confundirse al evaluar la profundidad de los sentimientos argentinos, que no pueden variar, intentando una larga ocupación militar. Su comportamiento en este infortunado episodio puede marcar el arribo del imperio británico a su fin".

Dentro del camino que recorrerá la verdad, cabe repetir también el juicio del profesor belga Jean Salmon, de la Universidad Libre de Bruselas, en uno de los más correctos análisis sobre las Malvinas, publicado por *Le monde diplomatique*, de París. Señala, al final de varias cosas de fondo: "No es demasiado tarde para que Gran Bretaña y sus aliados vean que están defendiendo privilegios coloniales de otra época".

Además, es muy importante recordar que la paz que no cede derechos y no abdica de la soberanía no implica, en manera alguna, un paso atrás; más aún, significa el derecho de continuar luchando, dentro de lo que las circunstancias aconsejen por los intereses nacionales. Esto es algo sagrado que los argentinos debemos tomar como un compromiso irrenunciable.

La situación creada por los últimos acontecimientos fijan insoslayables deberes. Por sobre todos, el de la templanza, el sereno valor y la ejemplaridad.

Acompañando a estas tres virtudes, y dando prueba de madurez cierta, comprendamos que el mandato histórico, el que hace a nuestras profundas raíces, comporta en lo esencial: responsabilidad moral, eficiencia plena, educación cívica y especialmente lealtad y amor por la Constitución Nacional, fruto del esfuerzo y el sacrificio de generaciones de argentinos, y que, al decir de fray Mamerto Esquiú, es el faro que, en tiempos de borrasca, llevará a la Nación a puerto seguro.

De las muchas lecciones que nos deja la lucha por las Malvinas, ninguna supera a éstas: el temple del espíritu de una nación está por encima de toda otra contingencia transitoria. Y esta otra: la seguridad de una nación depende, en primer término, de una política acertada, realista y visionaria; y, en segundo lugar, de sus fuerzas armadas. Esta conjunción es la que hace grande y perdurable a los pueblos.

Hemos terminado por hablar de la obligación de la observancia de deberes y virtudes. Empero, hay algo dejado de ex profeso para destacar al final y que debe comprenderse muy bien.

En las luchas armadas, al igual que en las otras, y tal vez en mayor medida, lo fundamental es el temple, ya que la alternancia entre éxitos y derrotas es la norma y ello no debe significar euforias o depresiones comprometedoras del resultado final. El ánimo argentino ha estado presente tanto en Cancha Rayada como en Maipo, en el desastre de Huaqui como en las victorias de Tucumán y Salta. Y no debemos olvidar que cuando el destino nos puso frente a frente, solos contra Inglaterra, sumimos con nuestra entereza y a pesar de la desproporción de fuerzas, imponerle las derrotas de 1806 y 1807, que deliberadamente omiten los libros de su historia. Y otro tanto habría ocurrido en 1982 si el imperio colonialista hubiera concurrido solo a la brega. Por eso, lo acaecido en las Islas Malvinas deberá recordarse con orgullo por los argentinos.

Con ello, además de un acto de justicia con nosotros mismos, y como el mejor homenaje a nuestros muertos en las islas y mares del Sur, recordemos reverentemente que sus despojos confirmaron histórica y moralmente nuestros títulos irrefutables sobre las Islas Malvinas, las Georgias y Sandwich del Sur.

Esa heroica lucha en defensa de nuestro archipiélago será, además, factor importante para asegurar la unión latinoamericana o iberoamericana, única forma que los hechos indican de tener peso, fuerza y gravitación en el mundo moderno. Allí está la gran tarea y el gran desafío.